

- 1) **Abrimos nuestro corazón al Espíritu Santo Dios, que nos conducirá a la Verdad plena**
- 2) **Escuchamos y leemos los signos de Dios en nuestras vidas, desde nuestra propia realidad personal y comunitaria**

En este tiempo de Adviento, la invitación a la conversión, a preparar el Camino del Señor, es clara..... pero... ¿Cuál será la motivación fundamental por la que hemos de hacerlo? ¿Porqué habríamos de realizar un cambio de mentalidad –conversión– ¿Cómo puede y debe ser ese cambio?

#### **ORACION COLECTA**

*“Dios todopoderoso y rico en misericordia,  
que nuestras ocupaciones cotidianas no nos impidan acudir presurosos al encuentro de tu Hijo,  
para que, guiadas por tu sabiduría divina, podamos gozar siempre de su compañía.*

*Que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios, por los siglos de los siglos.*

(la formulación de esta oración está tomada del nuevo Misal traducido y editado para Argentina)

- 
- 
- 3) **Escuchamos atentamente la S. Escritura en la cual Dios también nos habla**

**Lucas 3,1-6**

*¡Habla, Señor, que tu pueblo escucha!*

- 
- 
- 4) **La palabra escuchada ha hecho resonar ECOS en nuestro corazón y en nuestras conciencias: ¿cuáles son? ¿los compartimos?**

- 
- 
- 5) **Es necesario REFLEXIONAR, PENSAR JUNTOS, algunos aspectos del texto, que conocidos, nos permiten interpretar el mensaje**

No sabemos ni cuándo ni cómo fue. Un día, un sacerdote rural llamado Juan abandonó sus obligaciones del templo, se alejó de Jerusalén y se adentró en el desierto cerca del Jordán, buscando silencio y soledad para escuchar a Dios.

No llegaban hasta allí las intrigas de Pilato ni las maquinaciones de Antipas. No se oía el ruido del templo ni de los negocios de los terratenientes de Galilea. Según Is, el desierto es el mejor lugar para abrirse a Dios e iniciar la conversión. Según Os es en el desierto donde Dios habla al corazón ¿Es posible escuchar hoy a este Dios del desierto?

En el desierto solo se vive de lo esencial. No hay lugar para lo superfluo: escucha la verdad de Dios mejor que en los centros comerciales. Tampoco hay sitio para la complacencia y el auto engaño: casi siempre el desierto acerca a Dios más que el templo.

Cuando la voz de Dios viene del desierto, no nos llega distorsionada por intereses económicos, políticos o religiosos. Es una voz limpia y clara que nos habla de lo esencial, no de nuestras disputas intrigas y estrategias.

Lo esencial siempre consiste en pocas cosas, solo las necesarias. Así es el mensaje de Juan: ponerse ante Dios y reconocer cada uno el pecado. Sospechen de su inocencia. Vayan a la raíz. Todos somos de alguna manera cómplices de las injusticias y egoísmos que hay entre nosotros. Todos y cada uno de los creyentes tenemos algo que ver con la infidelidad de la Iglesia al Evangelio.

En el desierto, lo decisivo es cuidar la vida. Así proclama el Bautista: conviértanse a Dios. Lávense de la malicia y comiencen a reconstruir la vida de manera diferente, tal como la quiere el. Es nuestra primera responsabilidad. Si yo no cambio, ¿qué estoy aportando a la transformación de la sociedad? Si yo no me convierto al Evangelio, ¿Cómo estoy contribuyendo a la conversión de la Iglesia actual?

En medio de la agitación, el ruido, la información y difusión constante de mensajes, ¿quién escuchará la voz del desierto?, ¿quién nos hablará de lo esencial? ¿quién abrirá caminos a Dios en este mundo?

Juan grita mucho. Lo hace porque ve al pueblo dormido y quiere despertarlo, lo ve apagado y quiere encender en su corazón la fe en un Dios salvador. Su grito se concentra en una llamada: preparen el camino del Señor: ¿cómo abrirle caminos a Dios? ¿cómo hacerle más sitio en nuestra vida?

- **Búsqueda personal:** para muchos, Dios está hoy encubierto por toda clase de prejuicios, dudas, malos recuerdos de la infancia o experiencias religiosas negativas ¿cómo descubrirlo? Lo importante no es pensar en la Iglesia, los curas o la misa. Lo primero es buscar al Dios vivo, que se nos revela en Jesucristo. Dios se deja encontrar por aquellos que lo buscan.
- **Atención interior.** Para abrir un camino a Dios es necesario descender al fondo de nuestro corazón. Quien no busca a Dios en su interior es difícil que lo encuentre fuera. Dentro de nosotros encontraremos miedos, preguntas, deseos, vacíos.. No importa. Dios está ahí. Él nos ha creado con un corazón que no descansará si no es en él.
- **Con un corazón sincero.** Lo que más nos acerca al misterio de Dios es vivir en la verdad, no engañarnos a nosotros mismo, reconocer nuestros errores. El encuentro con Dios acontece cuando a uno le nace desde dentro esta oración: Oh Dios, ten compasión de mí, que soy un pecador. Este es el mejor camino para recuperar la paz y la alegría interior.
- **En actitud confiada.** El miedo cierra a no pocos el camino hacia Dios. Les da miedo encontrarse con él: solo piensan en su juicio y sus posibles castigos. No terminan de creerse que Dios solo es amor y que incluso cuando juzga al ser humano, lo hace con amor infinito. Despertar la confianza en este amor es empezar a vivir de manera nueva y gozosa con Dios.
- **Caminos diferentes.** Cada uno ha de hacer su propio recorrido. Dios nos acompaña a todos. No abandona a nadie, y menos cuando se encuentra perdido. Lo importante es no perder el deseo humilde de Dios. Quien sigue confiando, quien de alguna manera desea creer, es ya creyente ante ese Dios que conoce hasta el fondo el corazón de cada persona.

Hay personas que más que creer en Dios creen en aquellos que hablan de Él. Solo conocen a Dios de oídas. Les falta experiencia personal. Asisten tal vez a celebraciones religiosas, pero nunca abren su corazón a Dios. Jamás se detienen a percibir su presencia en el interior de su ser.

Es un fenómeno frecuente: vivimos girando en torno a nosotros mismos, pero fuera de nosotros; trabajamos y disfrutamos, amamos y sufrimos, vivimos y envejecemos, pero nuestra vida transcurre sin misterios y sin horizonte último.

Incluso los que nos decimos creyentes no sabemos muchas veces estar ante Dios. Se nos hace difícil reconocernos como seres frágiles, pero amados infinitamente por Él. No sabemos admirar su grandeza insondable ni gustar su presencia cercana. No sabemos invocar ni alabar.

Que pena da ver como se discute de Dios en ciertos programas de televisión. Se habla de oídas. Se debate lo que no se conoce. Los invitados se acaloran hablando del Papa, pero a nadie se le oye hablar con un poco de hondura de ese misterio que los creyentes llamamos Dios.

Para descubrir a Dios no sirven las discusiones sobre religión ni los argumentos de otros. Cada uno ha de hacer su propio recorrido y vivir su propia experiencia. No basta criticar la religión en sus aspectos más reformados. Es necesario buscar personalmente el rostro de Dios. Abrirle caminos en nuestra propia vida.

Cuando durante años se ha vivido la religión como un deber o como un peso, solo esta experiencia personal puede desbloquear el camino hacia Dios: poder comprobar, aunque solo sea de forma germinal y humilde, que es bueno creer que Dios hace bien.

Este encuentro con Dios no siempre es fácil. Lo importante es buscar. No cerrar ninguna puerta; no desechar ninguna llamada. Seguir buscando, tal vez con el último resto de nuestra fuerza. Muchas veces, lo único que podemos ofrecer a Dios es nuestro deseo de encontrarnos con él.

Dios no se esconde de los que lo buscan y preguntan por él. Tarde o temprano recibimos su visita inconfundible. Entonces todo cambia. Lo creíamos lejano y está cerca. Lo sentíamos amenazador, y es el mejor amigo. Podemos decir las mismas palabras que Job: hasta ahora hablaba de Ti a oídas; ahora te han visto mis ojos.

En las sociedades avanzadas se está viviendo un momento cultural difuso que se llaman: postmodernidad. No es fácil precisar los contornos de ésta cultura postmoderna, aunque podemos apuntar entre sus rasgos más notables algunos que parecen dificultar la fe religiosa del hombre contemporáneo.

Es sin duda una cultura de la intrascendencia, que ata a las personas al aquí y ahora, haciéndoles vivir solo para lo inmediato, sin necesidad de abrirse al misterio de la trascendencia. Dios va perdiendo interés en la medida en que nos es reconocido como horizonte último de la existencia.

Es una cultura del divertimento, que arranca de la persona de sí misma haciéndola vivir en el olvido de las grandes cuestiones que lleva en su corazón el ser humano. En contra de la máxima agustiniana: no salgas de ti mismo; en tu interior habita la verdad, el ideal de no pocos parece ser vivir fuera de sí mismos.

No es fácil así el encuentro con el Dios escondido que habita en cada uno de nosotros.

Es también una cultura en la que el ser es substituido por el tener. Son muchos los que terminan dividiendo su vida en dos tiempos: el dedicado a trabajar y el consagrado a consumir. El afán de posesión, alimentado por la gran cantidad de objetos puestos a disposición de nuestros deseos, es entonces el principal obstáculo para el encuentro con Dios.

No es extraño que la pregunta aflore entre los estudiosos del hecho religioso: ¿se puede ser cristiano en la postmodernidad? Ciertamente, de poco sirve, en este contexto cultural, una religión donde se reza sin comunicarse con Dios, se comulga sin comulgar con nadie, se asiste a Misa sin celebrar nada vital. Una religión donde hay de todo, pero en la que queda fuera precisamente la experiencia de Dios.

El evangelista Lucas recuerda en su Evangelio el grito del profeta Is. : preparen el camino del Señor. Entre nosotros, este grito tiene una tradición: vayan al corazón mismo de la fe, busquen lo esencial, acojan a Dios. Hace algunos años, el prestigioso teólogo ortodoxo Olivier Clemans afirmaba que, en definitiva, la fe consiste en saberse amado y responder al amor con amor. Sin duda es lo esencial para abrir en nuestras vidas el camino a Dios.

Dentro de cada uno de nosotros hay un mundo casi inexplorado que muchos hombres y mujeres no llegan siquiera a sospechar. Viven solo desde fuera. Ignoran lo que se esconde en el fondo de su ser. No es el mundo de los sentimientos o los afectos. No es el campo de la psicología o de la psiquiatría. Es un país más profundo y misterioso. Se llama interioridad.

De este mundo nace la pregunta más simple y elemental del ser humano: ¿Quién soy yo? Pero antes de que hayamos empezado a responder algo, las preguntas siguen brotando sin cesar: ¿de dónde vengo? ¿porqué estoy en la vida? ¿para qué? ¿en qué terminará todo esto?

Son preguntas a las que ni el psicólogo ni el psiquiatra pueden responder. Interrogantes que nos colocan directamente ante el misterio: de todo esto no sabemos nada. Lo único cierto es que caminamos por la vida como a oscuras.

Mucha gente no tiene hoy tiempo ni humor para hacerse estas preguntas. Bastante hace uno con vivir, buscarse un trabajo, sacar adelante una familia y enfrentarse con ánimo a los problemas de cada día. Otros no quieren oír tales interrogantes. Son cuestiones demasiados abstractas. En todo caso, serían para esas cuatro personas extrañas que se dedican a disquisiciones metafísicas que a nada conducen: hay que ser realistas y pragmáticos; tener los pies en el suelo.

Además, estamos muy ocupados. Siempre tenemos algo que hacer; hay que trabajar, relacionarse con los amigos; ver el programa de la tele, desplazarnos de una parte a otra. No tenemos un minuto libre. Y, ciertamente, para adentrarnos en ese mundo de las preguntas últimas de la vida se necesita una cierta calma y silencio. La agitación, la prisa o el exceso de actividad impiden al ser humano escucharse por dentro. Todos los días nos hace falta, como dice bellamente Paxi Loidi, un buen rato de inactividad para adentrarnos descalzos en nuestro mundo interior.

No pocas personas preguntan qué podrían hacer para encontrarse con Dios. Algunas piden algún buen libro. Sin duda todo puede ayudar. Pero no hemos de olvidar que hacia Dios se camina siempre desde adentro, no desde afuera.

Tal vez la mejor manera de escuchar la invitación del Bautista a preparar los caminos del Señor, sea hacer silencio, escuchar esas preguntas sencillas que brotan de nuestro interior y estar más atentos al misterio que nos envuelve y penetra por todas partes.

Recordemos la celebre invitación de S. Anselmo de Canterbury: eah! Hombrecillo, deja un momento tus ocupaciones habituales, entra un instante en Ti mismo, lejos de tus pensamientos. Arroja fuera de ti las preocupaciones agobiantes; aparta de Ti tus inquietudes trabajosas. Dedicar algún rato a Dios y descansa un momento en su presencia.

***“Señor, destruye las montañas de mi orgullo, llena con la luz y la vida de tu gracia todos los vacíos de mi interior y endereza el camino de mis proyectos y de mis acciones para que viva tu voluntad y camine por donde a Ti te agrada”***

---

---

**6) En este momento, entretrejiendo palabras, pensamientos, silencios MEDITAREMOS JUNTOS todo lo que Dios nos ha ido sugiriendo e incluso nos sugerirá ahora**

---

---

**7) La experiencia de la vida compartida, la Palabra proclamada, la información recibida, la meditación realizada seguramente nos ha dejado una riqueza, una maduración, una sabiduría en la Fe que buscan hacerse oración y acción por el Reino de Dios para que venga**

A cada intención respondemos

---

---

**8) ACTUAMOS: podemos realizar un propósito de vida personal y/o comunitario**

- En Adviento nos tomamos cada día 10 minutos para entrar en lo profundo de mi yo y descubrir las preguntas esenciales
- Tomamos un café con las personas que nos importan y sutil y serenamente les comentamos nuestra experiencia de estar en silencio con Dios.
- Nos formamos y convocamos para formar LOS GRUPOS DE JESÚS